

Juan GIL

## LAS ISLAS DE LA INDIA

No parece que nadie pueda negar que la India, entendida en el sentido latísimo que daba al término la Antigüedad clásica, sea un verdadero paraíso insular. Ptolomeo<sup>1</sup> dedicó un capítulo y una tabla de su obra a tratar de la nobilísima Taprobana (Ceilán), protegida por un «batallón de islas» (*stiphos néson, cohors insularum* tradujo el humanista Angelus) que le daban guardia, cuyo número total fijó en 1378; tampoco es maravilla, en consecuencia, que la Taprobana pasara a ser la isla más famosa del mundo, cita ineludible en todas las enciclopedias medievales, desde S. Isidoro hasta Pedro d'Ailly o Eneas Silvio Piccolomini. Lo que sí resulta curioso es que la doctrina ptolemaica se perpetuara en los geógrafos árabes: Abu-Hamid al-Garnati<sup>2</sup> habló también de 1370 islas. El segundo viajero europeo que se atrevió a hacer cálculos generales, Marco Polo<sup>3</sup>, elevó la cifra a 12.000 o 12.700, no sin encarecer al tiempo la dificultad de referir por extenso las cualidades de cada una de ellas. La suma aumentó gracias a fray Jordán Catalán de Séverac<sup>4</sup>, quien estimó en más de 12.000 las islas habitadas y en más de 8.000 las desiertas. Según Guillermo Adán<sup>5</sup>, la islas del mar de la India superaban la cifra de 20.000, de las cuales estaban habitadas 6.000. Por fin, siguiendo la escalada numérica, fray Odorico de Pordenone<sup>6</sup> adjudicó más de 24.000 islas a la India y más de 5.000 a Manchi (o sea, la China meridional). Todas estas cifras quedaron ampliamente rebasa-

---

<sup>1</sup> *Geografía*, VII 4, 11.

<sup>2</sup> *Al-Murib an Bad Ayaib al-Magrib*, edición y traducción de I. Bejarano, Madrid, 1991, p. 261.

<sup>3</sup> *Viaje*, III 42 (cf. III 8). En el incunable de Marco Polo se adoptó el número ptolemaico.

<sup>4</sup> *Maravillas de la India*, XV 5 (más de 10.000, había dicho antes en VI 6). Es notable que la misma cifra aparezca en un rotero de la India conservado en el código Valentim Fernandes (ed. Baião, Lisboa, 1940, f. 36r): «as ilhas de Dyue som doze mill amtre pequenas e grandes, e das quaes oyto mill som pouradas».

<sup>5</sup> *De modo Sarracenos extirpandi*, Recueil des historiens des Croisades, pp. 553 y 555.

<sup>6</sup> *Viaje*, XXVI 12.

das por la experiencia quiñentista: «El número de las islas de que Tolomeo hace minción no se incluye en un solo arcipiélago, sino en muchos que ay en esta región, del cual no se deven de admirar por parecerles que se desmandó, porque aún no dixo cuántas ay»<sup>7</sup>.

Como no podía ser menos, en este inmenso mar de la India se supuso que había de todo, desde monstruos horribles a tesoros infinitos. También hubo islas para todos los gustos: la imaginación pobló su suelo de amazonas, sátiros, antropófagos, cinocéfalos, hombres desnudos, pigmeos; hasta se habló de la isla del Imán, que impedía a las naves de la India tener clavazón de hierro. Aquí me voy a ceñir a estudiar unos casos muy concretos, que tienen una particularidad notable: en todos ellos se puede seguir a través de los siglos la historia del mito, sin que su contenido apenas haya sufrido variación.

## LA ISLA DEL ORO

En las relaciones geográficas del s. I d.C. se pusieron muy de moda dos islas, Crise y Árgire. Como indica Pomponio Mela<sup>8</sup>, «cerca del Tamo está la isla Crise, junto al Ganges se halla Árgire; la primera tiene el suelo de oro y la segunda de plata, según refirieron los antiguos; así, a mi parecer, o de este hecho les vino el nombre o del nombre se forjó la leyenda»<sup>9</sup>. Plinio<sup>10</sup>, a su vez, localizó fuera de la desembocadura del Indo a «Crise y Árgire, ricas en metales, según pienso, pues eso que dijeron algunos de que su suelo era de oro y de plata no me lo creo con facilidad». El origen de estas fábulas parece remontar a una falsa interpretación de tradiciones indígenas: en efecto, Sumatra recibió el nombre de *Suvarnadvipa*, 'isla de oro'. Con tal nombre es claro que la imaginación podía jugar a su antojo y elucubrar verdaderas maravillas. Fray Jordán Catalán de Séverac<sup>11</sup>, recordando quizá las tradiciones clásicas, mencionó una isla en la India donde todos, hombres y mujeres, iban en cueros y se servían por moneda de oro en polvo que era como arena

<sup>7</sup> *Relación detallada del viaje de la nao San Jerónimo (Colección de documentos inéditos relativos a... Ultramar, Madrid, 1887, III, p. 458).*

<sup>8</sup> *Corografía*, III 70.

<sup>9</sup> Estas islas sólo aparecen citadas a partir de la época romana (cf. Plinio, VI 80 y allí la nota). Dionisio el Periegeta (587-90), Avieno (*Descripción del orbe*, 769-71), Prisciano (*Periegesis*, 592ss.) y Eustacio (*ad* Dionisio el Periegeta [Müller, *Geogr. Graeci minores*, II, p. 157]) dan otra explicación a uno de los nombres: la isla del Oro se llamaría Crise por estar próxima al sol y tener color dorado; pero, ¿que hacer entonces con Árgire?

<sup>10</sup> *Historia natural*, VI 80.

<sup>11</sup> *Maravillas del mundo*, VI 13.

fina. Al navegar a Sumatra Nicolò de Conti<sup>12</sup> dejó a su derecha *Andamania*, cuyo nombre glosó como ‘isla del Oro’ (*insula auri*): tenía 800 millas de boj y estaba habitada por antropófagos. Como es lógico, una de las cosas ineludibles que oyó Colón en su primer viaje, una vez llegado a los archipiélagos de la India, fue que «avía isla que era toda oro»<sup>13</sup>; no podía faltar en el paisaje indiano un rasgo tan característico como ése. Choca, por tanto, que la leyenda brille por su ausencia en la relación de Pigafetta, en la que aparece, sin embargo, una enigmática Sumbdit-Pradit «muy rica en oro», cuyos habitantes llevaban en el tobillo un anillo de ese metal<sup>14</sup>; mas no todos los supervivientes de la armada de Magallanes fueron tan taciturnos como el lombardo, según veremos.

En la segunda década del s. XVI los portugueses buscaron afanosamente –la cosa no era para menos– esa isla o islas del Oro avaladas por el prestigio de la Antigüedad. El centro de difusión de la leyenda fue, por motivos obvios, el gran emporio comercial de Malaca, conquistado por Diego Lopes de Sequeira en 1511. A su vez, la base para emprender su descubrimiento no pudo ser otra que Sumatra, dividida entonces en una serie de reinos (Achén, batas) enemigos entre sí y aliados ocasionales de los portugueses según sus conveniencias.

El primero al parecer en propalar grandes noticias de la isla fue un capitán, Diego Pacheco, que en 1517 fue a Malaca en la armada de D. Alejo de Meneses, de donde hubo de volver, siempre en el séquito de Meneses, por diciembre de 1518<sup>15</sup>. Pacheco no era un hombre de poca sustancia: a sus conocimientos de las cosas del mar unía habilidad para dárseles de descubridor y se comportaba con aires de caballero; a mayor abundamiento, durante su estancia en Malaca había dado pruebas más que suficientes de valor y pericia náutica. Nada, pues, se oponía a dar crédito a las sensacionales noticias que pregonó en Goa a su regreso, afirmando que la isla del Oro, según era pública voz y fama en la India, se habría de encontrar al S. de Sumatra.

Complacido de sus cualidades y en pago de sus servicios, Diego Lopes de Sequeira, nombrado gobernador de la India, ordenó a Pacheco armar un navío y un bergantín para ir en demanda de aquel recóndito tesoro. Así fue. El viaje, sin embargo, empezó a complicarse en la costa meridional de

<sup>12</sup> Poggio Bracciolini, *Historiae de uarietate fortunae libri quatuor*, París, 1723, p. 130.

<sup>13</sup> C. Varela-J. Gil, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, Madrid, 1992, doc. II, p. 166 (cf. J. Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. 1. Colón y su tiempo*, Madrid, 1991, p. 49ss).

<sup>14</sup> *Primer viaje en torno del globo*, traducción de J. T. Medina, Buenos Aires-Santiago de Chile, 1970, p. 183. La isla se encontraría en el mar de China, cercana a Cipango; las dos son citadas otra vez en el Diario, como si de hecho hubiesen sido costeadas por la armada de Magallanes (p. 48).

<sup>15</sup> Cf. F. Lopes de Castanheda, *História da India*, IV 34 (I, p. 926).

Sumatra: cuando se hallaban ya en la casi en su punta Sur, en el reino de Daya, un temporal hizo naufragar al bergantín, de cuya tripulación sólo escapó con vida un esclavo canarí. Pacheco, por su parte, siguió su curso hasta el reino de Barros, famoso por su oro y su benjuí, y allí, tras dar seguro a los indígenas, hizo averiguaciones sobre el rumbo a tomar y las cualidades de la isla en cuestión. Los informes que recibió el capitán portugués fueron que, en efecto, la isla se hallaba al S. de Sumatra y que el oro de Malaca procedía en buena parte de su suelo. La travesía, sin embargo, no era ni mucho menos fácil. Corría la fama de que, a ciento y pico leguas al S. del puerto de Barros, se extendía una cuerda de bajos y restingas, en medio de las cuales se encontraba una isla muy baja llena de palmares: sus habitantes, de color negro, hacían el trueque del oro por paños baratos de Cambaya en el litoral, pues no consentían que el interior de la isla fuese hollado por extraños. Inconvenientes muy serios amargaban el áureo dulce, pues de veinte naves que intentaban llegar allá sólo cinco llegaban a su destino. En primer lugar, no se podía zarpar más que durante los tres meses del monzón de verano, y era menester utilizar bajeles muy pequeños a causa de los bajos y escolleras, ya que la navegación discurría a través de canales, cuya configuración cambiaba cada año por ser de arena; además, en días que no fuesen muy claros y serenos el mar rompía en flor, de modo que hacía zozobrar los bajeles. Pacheco, viéndose imposibilitado de continuar el descubrimiento a falta del bergantín, indispensable para surcar aguas de poco fondo, terminó de bordear el S. de Sumatra hasta llegar al estrecho de Polimbán<sup>16</sup> y después, siguiendo la costa Norte de la isla, arribó a Malaca<sup>17</sup>.

A raíz de estas nuevas se levantó una comprensible expectación, por más que el primer intento descubridor se hubiese saldado con un fracaso. Ante los informes que respaldaban con su autoridad hombres de crédito como Pacheco y otros, en la corte portuguesa cundió el optimismo: en las instrucciones que D. Manuel envió en 1520 a Diego Lopes de Sequeira figuraba ya, entre otras misiones, la jornada de la isla del Oro. Fue portadora de la orden la nave del francés Pedro Eanes, que encontró a Sequeira en Calayate, en el estrecho de Ormuz, a fines de junio de 1520<sup>18</sup>; pero también, por si acaso, llevó el mandato regio la armada de Jorge de Brito, que sorprendió al gobernador hostigando Diu por agosto de 1520<sup>19</sup>. Abiertos los despachos y entera-

---

<sup>16</sup> El nombre corresponde al de la ciudad de Palembang (Sumatra) o al de la punta Palembang (Java). El estrecho es el de Sonda.

<sup>17</sup> La descripción más completa de esta expedición, así como del aspecto de la isla, la da Barros (*Asia*, III 3, 3 [V, pp. 264-71]).

<sup>18</sup> Barros, *Asia*, III 4, 3 (V, pp. 412-13). Para la llegada de la nave cf. G. Correia, *Lêndas da India*, II, pp. 603-04.

<sup>19</sup> Barros, *Asia*, III 5, 7 (V, p. 465). Sobre la llegada desmembrada de la flota cf. G. Correia, *Lêndas da India*, II, p. 607, 609; F. Lopes de Castanheda, *História da India*, V 34 (II, p. 60).

do de las órdenes, Sequeira encomendó la jornada a Cristóbal de Mendonça, y éste, acompañado de Pedro Eanes –el francés al parecer no quería perderse la empresa por nada del mundo–, partió en busca del fabuloso oro isleño al frente de tres navíos<sup>20</sup>. Tampoco el segundo capitán llegó a culminar un descubrimiento que era, en justas palabras de Barros, «incierto y peligroso». En el puerto de Pedir (Sumatra) se encontró Mendonça con la armada de Jorge de Brito, maltrecha y desbaratada por el rey de Achén; y como había pasado el tiempo de realizar la travesía, quedó Mendonça en Pacem (Passangan, a veinte leguas de Pedir) en ayuda y socorro de la fortaleza, reforzada la cual tornó con las manos vacías a Malaca<sup>21</sup>.

¿Qué hacía mientras tanto el primer descubridor? Ni que decir tiene que lo inflamaba la indignación y lo roía la impaciencia. Y así Diego Pacheco, celoso de ver robada su presa, se decidió a probar fortuna de nuevo, otra vez en vano: el bergantín en el que iba, capitaneado por Francisco de Sequeira, se perdió cerca del reino de Daya, en Sumatra, y su ropa fue tomada por el rey de Achén, enemigo capital de los portugueses<sup>22</sup>.

Estas primeras relaciones sobre la isla del Oro las debemos, curiosamente, al historiador que no estuvo jamás en Oriente, Juan de Barros. El silencio más absoluto reina sobre las mismas en las obras de los veteranos de la India, Gaspar Correia y Fernando Lopes de Castanheda, así como en las descripciones de mercaderes como Luis Varthema, Duarte Barbosa o Tomé Pires, que quizás se avergonzaron de descender a pormenores sobre una jornada poco creíble o quizás se olvidaron con el tiempo de una leyenda que, pujante en los años veinte, había pasado momentáneamente de moda. En efecto, la narración de Barros arropa en un halo mítico aquella isla que se escondía pudorosa a los ojos de los navegantes. Teniendo en cuenta la proclividad a la inducción analógica que caracteriza al europeo, era inevitable que, sentados estos miríficos precedentes, tanto portugueses como españoles identificaran el oro de la isla con el famoso oro de Ofir, del cual se había servido Salomón para edificar el templo de Jerusalén. Justo en aquella década culminó la rivalidad de las dos potencias ibéricas por el dominio del Pacífico. La nao *Victoria* acababa de pasar por Filipinas, el Maluco y las islas de la India (1521-1522), levantando el consiguiente escándalo e irritación entre los portugueses. Jorge de Brito, el capitán muerto en Achén, traía precisamente de su rey la misión de fortificar el Maluco ante el previsible regreso de los españoles. En esta atmósfera de emulación y hasta entusiasmo bélico, es fácilmente comprensible que el insistente rumor sobre la isla

---

<sup>20</sup> La fuente fundamental sigue siendo Barros para este viaje (*Asia*, III 4, 3 [V, pp. 412-13]; III 4, 5 [V, p. 503]; III 5, 3 [p. 540]).

<sup>21</sup> Cf. Barros (*Asia*, III 5, 3 [V, pp. 546, 548-49]). Sobre los acontecimientos cf. F. Lopes de Castanheda, *História da Índia*, V 65-66 (II, pp. 107-10).

<sup>22</sup> Barros (*Asia*, III 5, 3 [V, p. 538]).

del Oro caldeara los ánimos y animara la rivalidad entre las dos grandes potencias marítimas del momento.

Si los portugueses mostraron cierto pudor al referirse a la leyenda, por parte española se hizo pronto y decididamente la identificación de la isla del Oro con Ofir. No lejos del Maluco, y próximas al ecuador, había unas islas cuya arena era oro, según escribió el informadísimo Pedro Mártir de Angleria hacia 1526, después de partido Caboto hacia la Especiería<sup>23</sup>. Estas noticias, atribuidas a los hombres de la armada de Magallanes<sup>24</sup>, concuerdan con lo que nos dice M. Fernández de Enciso<sup>25</sup>:

Adelante d'estas [islas], a ochenta leguas de Java al Sueste está otra isla que se llama Jocat, adonde ay mucho oro en abundancia e muchos elefantes e ximios e muchos caracolitos del mar, que se usan en muchas tierras por moneda. Y segund lo que de Ofir se escribe, de do hizo Salomón llevar el oro par el Templo, créese que ésta es Ofir, porque en ésta ay grande abundancia de oro y de las otras cosas que le llevaron a Salomón. E aquí es el mar baxo, por donde las naos no podían navegar sino por ciertas canales.

Es claro que estos canales que conducen a Ofir en el tratado de Enciso son los canales que, según Pacheco, llevaban a la isla del Oro. El topónimo insular, sin embargo, muestra hasta qué punto la cartografía del Quinientos seguía dependiendo de pautas desfasadas: Jocat, en efecto, es el nombre que dio a una comarca nebulosa Marco Polo. Lo que hizo Enciso fue copiar y reinterpretar lo que había leído en la traducción de Santaella: que en Jocath (deformación del *Lochac* poliano) se encontraba «oro en gran cantidad e muchos elefantes e caracolitos del mar sin cuento»<sup>26</sup>. Ahora bien, este *Jocath/Lochac/Laach*<sup>27</sup> era en el texto original una gran provincia, en la que comentaristas tan eruditos como Yule-Cordier<sup>28</sup> y Pelliot<sup>29</sup> han podido reconocer al Siam meridional; sólo Santaella (o quizá su original véneto) transformó esta región en una isla, que a su vez Enciso convirtió en Ofir por su cuenta y riesgo, yendo de disparate en disparate.

<sup>23</sup> *Decades de orbe nouo*, Alcalá de Henares, 1530, VII 6, f. 96v.

<sup>24</sup> *Decades*, VII 6, f. 97r.

<sup>25</sup> *Suma de Geographia*, Sevilla, 1530, f. 50r (en realidad LXIIr). Cf. mis *Mitos y utopías del Descubrimiento. 2. El Pacífico*, Madrid, 1991, p. 28.

<sup>26</sup> Cf. mi edición de *El libro anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*, Madrid, 1987, cap. CIX (p. 250).

<sup>27</sup> Esta última forma en el Marco Polo latino (III 11).

<sup>28</sup> *The Book of Ser Marco Polo the Venetian Concerning the Kingdoms and Marvels of the East*, Londres, 1921, II, p. 277ss.

<sup>29</sup> *Notes on Marco Polo*, París, 1963, II, p. 768ss.

En cualquier caso, el oro de Salomón se encontraba en el mar de la India. El propio Cortés se jactó de haber gastado su hacienda en mandar flotas a descubrir la isla del Oro y la Especiería<sup>30</sup>. Pero hay más. A partir de 1525 se empezó a preparar en Sevilla la gran armada que había de descubrir, sin contar la Especiería, las islas de Ofir y Tarsis, al mando de Sebastián Caboto, el piloto mayor de la Casa de la Contratación. Un mapa del mercader inglés R. Thorne, que a mi juicio deriva de otro del propio Caboto<sup>31</sup>, nos muestra a una Ofir convenientemente emplazada ya en el batiburrillo de los archipiélagos de la India. La fama de estos preparativos náuticos traspasó las fronteras. Por el año 1527, según A. Cortesão<sup>32</sup>, salió a la luz en Francia un libro muy curioso, los *Voyages aventureux* de Jean Alfonse de Saintonge (esto es, un portugués Juan Afonso a juicio de Cortesão). De creer a lo que enseñaba este Juan Alfonso, uno de los remates que jalonaban la tierra austral era la isla de *Orphie*, situada cerca de Java y al S.O. del Maluco, a unos 7 grados de latitud S., y también había una isla de hombres blancos a 150 leguas del Maluco. Ahora bien, estas novedades del tratadito no proceden de la ciencia portuguesa, como creyó Cortesão, sino de la experiencia acumulada por los navegantes españoles en sus viajes por el Pacífico; la misma grafía *Orphie* por *Ophir* revela a las claras influjo castellano: *Orfil* fue llamada mil veces la isla en los documentos oficiales de la armada de Caboto; en cuanto a la isla de los hombres blancos, volvió a hacer su aparición en 1545, cuando una isla fue incluso bautizada con ese nombre por Íñigo Ortiz de Retes<sup>33</sup>.

La repercusión internacional de la rivalidad luso-española explica también que algunos extranjeros quisieran participar en aquel suculento cotarro que prometía ser la mina de oro. En 1527 precisamente partieron de Dieppe tres navíos corsarios con destino a la India, sin saber que en vez de gloria y riquezas les esperaba un trágico destino. Cuéntase que uno de ellos se desvió en el cabo de Buena Esperanza y que, derrotado, fue a parar a la isla de Sumatra, de donde salió a la isla de Oro. Su descripción no puede ser más tópica:

La arena de playa, gruesa y menuda, era todo oro; la tierra era muy fértil, con grandes arboledas, ríos de buenas aguas y muchas frutas de los árboles, muy sabrosas. La gente, desnuda, era bestial y se cubría con paños hechos de hojas de hierbas... Cargaron cuanto oro quisieron

<sup>30</sup> P. Mártir, *Decades*, VIII 10, f. 115r.

<sup>31</sup> Cf. cuanto dije en «Los armadores de Sebastián Caboto: un inglés entre italianos», *Anuario de estudios americanos*, XLV (1988), 47ss.

<sup>32</sup> *Os descobrimentos portugueses*, V (vol. XXV de sus *Obras completas*), Lisboa, 1981, p. 1288ss.

<sup>33</sup> *Relación anónima del viaje de Ruy López de Villalobos*, ed. C. Varela, p. 148.



y partieron sin saber a dónde les llevaría mejor el viento, con que fueron a arribar a la costa de Sumatra ya muy desbaratados, con la más de la gente muerta y enferma, y haciendo la nave tanta agua que se iba al fondo. Emproaron a tierra para varar, pero antes de llegar a ella dieron en una restringa en la que se perdió la nave. Los que podían trabajar concertaron el batel y en él se fueron a tierra con mucho oro que metió cada uno. En tierra fueron muertos por barcos de pescadores, que los encontraron y les tomaron el oro. Esto se supo en Malaca por mercaderes de Sumatra que iban allí a tratar, de suerte que en toda la tierra se hablaba de este batel cargado de oro que hallaron los pescadores, y que los hombres hablaban como lombarderos; y que trajeron uno ante el rey de una tierra, y éste lo mandó empalar porque le dijo que no sabía volver a la isla. Así hallaron aquella isla de Oro<sup>34</sup>.

El relato, verídico en sus líneas generales y legendario en lo que toca a la ensoñación insular<sup>35</sup>, procede esta vez, y ello es no menos curioso, de un G. Correia que se muestra inusitadamente locuaz y parlanchín, quizá por ser extranjeros los que se habían dejado seducir por la quimera. La equiparación de la isla y Ofir es evidente, aunque no se formule nunca de manera explícita: recuérdese que también la arena de Ofir era de oro en polvo, oro que luego se refinaba en el fogón de las naves. Por lo demás, la isla sigue envuelta en un halo de misterio y sangre: el destino de todos los que pisan su suelo es morir de muerte desastrada, la suerte que espera a todos aquellos que arriben insensatos a moradas de las diosas, como el palacio de Calipso en el mar Mediterráneo o el Cubil de las ninfas en el Océano Índico. El interés por la isla y los sucesivos viajes emprendidos en su búsqueda revisitaron gran importancia para el desarrollo de la cartografía: el mapamundi de Diogo Ribeiro (Sevilla, 1529) pudo trazar ya el perfil de Sumatra, la base de partida, con una perfección que llenó de asombro a F. H. H. Guillemard<sup>36</sup>.

También a D. Juan III lo tentó la idea de hacerse con aquel tesoro que había burlado la búsqueda de sus predecesores. A poco de haber tomado Pero de Faría posesión de su cargo de capitán de Malaca (junio de 1539), el rey de los batas le mandó una embajada pidiéndole su ayuda para combatir al rey de Achén. La llegada de estos enviados de Sumatra sacó la isla del Oro de un olvido pasajero. Faría devolvió la embajada con F. Mendes Pinto, a quien encargó encarecidamente que se informase de todo lo que hubiese en aquella tierra y de cuanto oyese contar acerca de la isla dorada. Mendes

<sup>34</sup> G. Correia, *Lêndas da India*, III, pp. 240-41. Nada dice de la isla Barros, *Asia*, IV 5, 6 (VII, p. 583), y calla por completo el suceso F. Lopes de Castanheda.

<sup>35</sup> Después el rey de los batas, en su lucha con el rey de Achén, llevó al combate una «media espera» (una especie de cañón) de bronce que tenía las armas de Francia, procedente de este navío (F. Mendes Pinto, *Peregrinação*, Lisboa, 1983, cap. XVI, p. 48). Mendes Pinto, que fecha la arribada de las naves en 1526, después de su estancia en el reino bata dio cuenta al capitán de Malaca de la bahía donde había naufragado «el Rosado, capitán de la nave francesa» (XX [p. 59]).

<sup>36</sup> *Australasia. II. Malaysia and the Pacific Archipelagoes*, Londres, 1894, p. 156.



Pinto, testigo de la guerra desastrosa que hizo el bata al rey de Achén, a su regreso a Malaca dio una información por escrito a Faría según la cual

la isla yace en el mar de este río de Calandor en cinco grados de la parte del Sur, cercada de muchos bajos y de grandes corrientes, y puede distar de esta punta de la isla de Sumatra hasta 160 leguas poco más o menos<sup>37</sup>.

Mayor precisión, imposible. Las peticiones comenzaron a llover sobre la corte. Juan III nombró capitán del descubrimiento a Francisco de Almeida y, fallecido Almeida, al madeirense Diego Cabral. Tampoco a Cabral le sonrió la suerte, pues por piques de honra el gobernador de la India, Martín Alonso de Sousa, le arrebató la capitania de la jornada y se la dio a Jerónimo de Figueiredo. En 1543 se disponía a partir Figueiredo con un galeón y dos fustas a desvelar de una vez por todas el misterio: la isla quedaba siempre en las cercanías de Sumatra, pero ya no al Sur, sino al Oeste, detalle un tanto sorprendente que debemos a G. Correia. La jornada, sin embargo, rozó tanto el ridículo como la tragedia: en primer lugar, el galeón se fue a pique en el puerto, entre rumores que acusaban a Diego Cabral de haberlo hecho agujerear aposta<sup>38</sup>; después, Figueiredo se dedicó al más lucrativo negocio de la piratería en la costa de Tennaserin, hasta que sus hombres, irritados con él por su codicia, se amotinaron y lo abandonaron atado de pies y manos en Ceilán<sup>39</sup>.

Durante los años siguientes, y a falta de hombres de acción, el protagonismo recayó sobre los profesionales de la pluma. Un sobrino de Juan de Barros, Gaspar Barreiros, se sintió picado por la curiosidad de determinar a ciencia cierta el paradero de Ofir, ese Ofir que Cristóbal Colón había situado en la Española, otros en Sofala y no pocos portugueses en la India. Con todo el peso de su autoridad Barreiros se decidió también él por emplazar la mina del oro en la costa de Pegú, Malaca y Sumatra, escribiendo a tal efecto un docto tratado latino que intentó primero endosar a Juan III y que, a la muerte de éste, dedicó al cazador de ensueños que fue D. Sebastián<sup>40</sup>. La obrita, sobria y mesurada por lo general, tragó sin embargo la píldora al tratar de justificar la tradición ofírica transmitida por la *Glosa ordinaria*

<sup>37</sup> *Peregrinação*, XX (p. 60); cf. XIII (p. 40), XIV (p. 44).

<sup>38</sup> Correia (*Lêndas da Índia*, IV, p. 306).

<sup>39</sup> Sobre esta expedición nuestra fuente fundamental es F. Mendes Pinto (*Peregrinação*, XX [pp. 60-61]), que la fecha sin embargo en 1542.

<sup>40</sup> *Commentarius de Ophyra regione apud Divinam Scripturam commemorata, unde Salomoni, Iudaeorum regi incluto, ingens auri, argenti, gemmarum, eboris aliarumque rerum copia apportabatur*, Coimbra, 1561. Me ha proporcionado su texto con su habitual generosidad el profesor R. Loureiro, a quien expreso mi agradecimiento.

remozando la leyenda y poniendo el escenario cerca de los parajes frecuentados por los marinos portugueses<sup>41</sup>. Queda ya dicho cómo los comentarios a la Biblia habían hablado de la arena de Ofir, que se convertía en oro al ser refinada al fuego. Pues bien, de creer a Barreiros, los portugueses exploraron la costa de Malaca arrojando grandísimos peligros porque

se divulgó la fama de que unos hombres, cuya nave arribó hace tiempo por casualidad a aquella región, se detuvieron en ella algún tiempo esperando viento propicio para hacerse a la mar; al preparar lo necesario para reparo de la nave y no tener más lastre que arena, la estibarón cargando en su quilla un gran peso de tierra; y zarpando por fin de allí llegaron finalmente a la ciudad de Goa. La nave, gastada con los años y la vejez, fue desgazada en las atarazanas; entonces atrajeron la atención de los obreros las pepitas que relucían en el lastre y se encontró oro, de donde se conjeturó que aquella tierra había sido traída de la región del oro por azar, sin saberlo.

Es, como se ve, la misma tradición recogida antes por Correia, pero más ajustada a los cánones literarios, como era de esperar de un erudito como Barreiros. Una historia semejante se contó asimismo de la isla de las Siete Ciudades, otro lugar donde la imaginación popular localizó los mágicos tesoros de la Biblia<sup>42</sup>. E idéntica cantinela llegó en el siglo XVII a oídos de los españoles, perturbando la mente de un Gaspar Conquero, que fechó significativamente el descubrimiento en el reinado del «rey Don Juan de Portugal»<sup>43</sup>, de un Francisco Palomino<sup>44</sup>, o del francés que hizo el mapa de las islas de Salomón hoy conservado en el palacio de Liria<sup>45</sup>.

En diciembre de 1560 la nao «Sao Paulo», de que fue por capitán Rui de Melo da Camara, fue arrastrada por una terrible tempestad, que la llevó volando sin rumbo fijo al O. del cabo Comorín. En enero de 1561, navegando a 14 grados de latitud N., los marinos creyeron estar en la altura de la isla del Oro. Y hubo entonces quien quiso dejar todo por ir en su busca,

---

<sup>41</sup> Significativamente, también Lope de Vega (*Triunfo de la fe* [BAE 38, p. 171 b]) situó dentro de la demarcación lusa —y presumiblemente en la India— el minero bíblico, poniendo en boca de un japonés cristiano las siguientes palabras: «Y advierte cuánto sea el valor de los portugueses en esta parte, pues con la espada en las manos han entrado... en los ríos Indo y Gange, en la tierra de Ofir, en la Áurea Quersoneso, Ceilán, Malaca y Taprobana».

<sup>42</sup> Cf. mis *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid, 1989, I, pp. 54-55.

<sup>43</sup> Cf. mis *Mitos y utopías del Descubrimiento. II. El Pacífico*, Madrid, 1989, p. 202.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 256.

<sup>45</sup> Cf. Leoncio López-Ocón y Paloma Calle, *Papeles de América en el Archivo Ducal de Alba*, Madrid, 1991, n. 426a (p. 64): «il (Mendaña) dit qu'ayant pris de la terre pour racomoder son foyer, au bout de cinq ou six jours cette terre fut toute convertie en or».

«haciendo mil castillos de viento», y sin contentarse, el que era de ínfimo estado, con menos que con condesas al volver ricos a Portugal<sup>46</sup>: tal era su fama y tan grande su atractivo. El bajel se perdió en una isla enfrente de Sumatra. Y aun entonces, en medio de tantos peligros, el autor de la relación, Enrique Dias, no dejó de reseñar que en Sumatra había una región, Monancabo, de donde se llevaban todos los años a Malaca quince quintales de oro: «de este lugar, según dicen y quieren algunos, era el oro que Salomón mandaba buscar y que le llevaban sus naves para la fábrica del Templo»<sup>47</sup>.

No es de extrañar, por tanto, que el descubrimiento intentado por Figueiredo fuera propuesto muchos años después por un mestizo de raza portuguesa y malaya, Manuel Godinho de Heredia. Corrían los primeros años del s. XVII, y otro portugués con grandes ínfulas descubridoras, Pedro Fernández de Quirós, atosigaba y aburría a la corte de Felipe III sembrando los despachos de memoriales sobre la conquista de su Australia. Como en la década de los veinte del s. XVI, portugueses y españoles perseguían idénticas quimeras, esta vez en beneficio de una misma corona. En efecto, el objetivo de Heredia, que razonó sus propuestas en 1616 en un escrito dirigido al Austria e intitulado significativamente *Tratado Ophirico*, era llegar a la isla del Oro, llamada también India meridional o Java Maior, isla que se extendía desde los 16° S. hasta el trópico de Capricornio y aún más allá. A esta isla –o, mejor, tierra firme austral– habría llegado en tiempos, además de un príncipe de Java, un portugués, un tal Francisco de Resende, desde Timor. La historiografía portuguesa, de Oliveira Martins en adelante<sup>48</sup>, ha solido aducir este testimonio como prueba de un descubrimiento de Australia *avant la lettre*. Es probable, en efecto, que algún barco portugués arribara a Australia empujado por la tempestad. Sin embargo, no queda constancia documental de tal viaje; las noticias de Heredia, examinadas con atención, no recogen ningún dato inédito ni descubren arcanos secretos: la isla de Java Maior es la que Enciso llamó Jocat, pero desplazada todavía más al S. En definitiva, la propuesta de Heredia y la de Quirós se reducían a una y la misma cosa: el hallazgo del teórico continente austral, presente por pura hipótesis en la cartografía desde los tiempos de Ptolomeo.

Tanto se habló de la isla del Oro que pasó a convertirse en un tópico literario. En un auto sacramental lopesco el *Apetito*, el *Amor propio* y el *Engaño* cantan así:

---

<sup>46</sup> Bernardo G. de Brito, *História trágico-marítima*, Livros de bolso Europa-América, n. 275, I, p. 200.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 218.

<sup>48</sup> Cf. A. Cortesão, *Os descobrimentos portugueses*, V, p. 1303ss.

Esta es nave de alegría  
 Que va a las islas del Oro,  
 Donde es el gusto el tesoro  
 Que has de cargar, alma mía,  
 Porque hasta el último día  
 No hay tempestad que temer  
 Esta es nave donde cabe  
 Todo contento y placer<sup>49</sup>.

## LA ISLA DEL CARBUNCLO

No fue la isla del oro la única que trastornó con su fascinante brillo el juicio de los portugueses: hubo asimismo otra isla que mereció pasar a los anales de la historia por la fama de su riquísima pedrería. También aquí es dado rastrear las raíces clásicas de la leyenda. Una vez, según se decía, una tempestad arrojó a una isla del mar Árabe la nave de unos trogloditas; cuando éstos impulsados por el hambre intentaron coger del suelo hierbas y raíces para saciar su hambre, se encontraron con la agrídulce sorpresa de que lo que asían sus manos eran topacios. Otra variante localizaba asimismo la isla en cuestión, llamada Topazon, en el mar Rojo; pero precisaba que, al estar cubierta de nubes y celajes, rara vez era avistada por los navegantes, que la buscaban con ansiosa y bien comprensible diligencia; y de ahí derivaba la piedra su nombre, pues *topazio* en la lengua de los trogloditas significaba precisamente ‘buscar’, etimología que no parece sino responder a un pretendido parentesco con el verbo griego *topázein*, ‘conjeturar’, ‘suponer’<sup>50</sup>. Pasemos ahora al lejano Oriente, donde cobró renombre una isla llamada, no del topacio, pero sí del carbunclo. Siendo capitán del Maluco Bernardino de Sousa, llegó a Terrenate una nave, desviada de su curso por la corriente o la tempestad, de cuya tripulación sólo habían sobrevivido cuatro o cinco isleños. De los naufragos moribundos, que fueron llevados inmediatamente al convento de San Pablo, escapó con vida sólo uno, que contó muchas maravillas de su tierra natal cuando pudo hacerse entender. De creer a su relato, los isleños carecían de fuego, por lo que todo lo comían crudo. Durante la noche les daban luz unas piedras luminosas que llevaban en su cabeza unos insectos

<sup>49</sup> Lope de Vega, *El viaje del alma* (BAE 58, p. 156 a).

<sup>50</sup> Plinio, *Historia natural*, XXXVII 107-08 (cf. VI 169; XXXVII 24). La fuente de Plinio es Juba, aunque H. Kees (*RE* VI 1 A. 2, s.v. ‘Topazos’, c. 1717 15ss.) hace remontar las noticias al tiempo de las primeras expediciones por el mar Rojo bajo el reinado de Berenice. Según Brugsch y Schäfer la lengua aludida sería la nuba. K. Müller trató de identificar la isla con la *Ophiodes* de los demás geógrafos (Seberget, a 36° 7' N.), Blümner con Ceilán (*RE* VI 1 A.2, c. 1716, 58ss.; 1717, 35ss.; 1718, 28ss.). Desde Glocker (1824) se discute si el topacio antiguo correspondía al nuestro (Blümner) o a un crisólito o peridoto (así Glocker y O. Stein).

tos, piedras que durante el día quedaban cubiertas por una especie de visera que los bichos dejaban caer a voluntad. La isla estaba poblada por unos 60 ó 70 hombres, y cada casa tenía dos o tres insectos. Una versión más prolija de la misma historia dio el padre Nicolás Nunes, enviado por San Francisco Javier al Maluco. Según Nunes, los hombres, de tez pintada (es decir, tatuada, como bien señala Schurhammer), eran bien dispuestos; su tierra se encontraba a dos o tres días de distancia de Morotai, la isla más septentrional del Maluco, y abundaba en gallinas, batatas (en el original portugués ha de decir «inhames»), cocos, e «higueras de la India» (bananos)<sup>51</sup>, que eran pasto de una multitud infinita de tortugas. El jesuita también mencionó las piedras luminosas, añadiendo que los portugueses las tenían por carbunclos.

Acicateado por una nueva tan halagüeña el capitán Sousa intentó llegar a la isla, aunque después de avistarla la perdió arrastrado –infeliz– por la fuerza de la corriente. En 1570 fue Gonzalo Pereira quien, después de vencer la rebeldía de Sakita en Morotai, decidió ir en pos de la isla misteriosa. Nuevo intento y nuevo chasco: la misma corriente irresistible alejó a Pereira de su objetivo cuando ya parecía tenerlo al alcance de la mano. ¿Ocurrió así en realidad? Según el padre Nunes, más prosaico, la expedición no llegó a realizarse, abortada por la muerte del propio Pereira, que habría confiado la empresa a un hidalgo<sup>52</sup>. ¿Hubo entonces dos expediciones o se trata de dos versiones de un mismo empeño? La segunda solución me parece más plausible. En cualquier caso, la leyenda pervivió largo tiempo. Un jesuita anónimo que escribió en Malaca, el 28 de noviembre de 1619, un breve memorial sobre el estado del Maluco, no vaciló en referirse a la misma fábula al hablar «Das ilhas em comum»:

Dizem os mesmos naturaes que entre estas ilhas [del Maluco] ha hũa –e parece ser certo, per mo afirmarem alguns christaos– chea de muita pedraria. Dizem ser encantada, porque não aparece senão de noite pello grande esplendor que de si lança, com o qual alumia muitas legoas fora d’ella. Conto aqui isto por mo dizerem e não pollo ter visto, que a minha entençaõ he somente dar rezãõ das que chamãõ Malucas<sup>53</sup>.

<sup>51</sup> La misma descripción de la fauna y flora de la isla hallada por el almirante del Maluco en 1525 hacen G. Correia (*Lêndas da India*, II, p. 966) y F. Lopes de Castanheda (*História da India*, VI 127 [II, p. 357]). Ñames, palmas cocoteras y bananos es la flora de las islas Palaos (cf. Guillemard, *Australasia*, II, p. 551).

<sup>52</sup> Las relaciones de Pereira y Nunes las conozco gracias a G. Schurhammer (*Varia*, Roma-Lisboa, 1965, p. 159ss.), que da una traducción alemana.

<sup>53</sup> *Relaçao breve da ilha de Ternate, Tydore e mais ilhas Malucas a onde temos fortaleza e presidios, e das forças, naos e fortalezas que o nemigo olandes tem por aquellas partes* (BN Madrid, ms. 3015, ff. 41v-42r). El jesuita no se privó, sin embargo, de contarnos otros portentos de las islas: su credulidad era grande. Así, en el f. 43r, hablando de Ternate dice: «Tem esta força (la de Don Gil) a roda hũa lagoa de agoa não muito longe do mar; e he de tan sobejo fundo, que he capas de poderem surgir nella embarçaõs (ainda as de alto bordo), o que intentaraõ os Portugueses com os naturaes ha ya tempos. E querendo romper a pequena distançia que ha d’ella ao mar (que sera tres o quatro braças) verteo agoa em

En estos relatos se mezclan varios elementos legendarios con realidades bien palpables y reconocibles a primera vista. En efecto, los insectos luminosos son idénticos a los cucuyos de la Española, cuyos indígenas, según informa G. Fernández de Oviedo<sup>54</sup>, acostumbraban a

tener presos e retenidos estos cocuyos para el servicio de las casas e cenar de noche a su resplandor, sin haber necesidad de otra lumbre; e así lo hacían también en el tiempo pasado algunos cristianos, para no gastar sus dineros en aceite para los candiles, y cuando veían que por enflaquecerse el cocuyo o por la congoja de su prisión se amortiguaba o iba desfalleciendo aquella virtud resplandeciente, soltábanlos e tomaban otros para otros días siguientes.

Ni más ni menos, según se ve, que como hacían los indios de Malasia. Ahora bien, era natural que la fantasía de los portugueses se arrebatase ante estas particularidades tan intrigantes y creyese reconocer en la historia indígena otros animales y otras gemas. Decíase, en efecto, que el dragón tenía en su cerebro una piedra, la *dracontites*, que los magos extraían cuando el monstruo estaba aletargado pero vivo, pues de otro modo no se hacía preciosa: «los hombres audaces exploran la gruta de los dragones y esparcen en ella hierbas con drogas para provocar su sueño; y así, cuando están dormidos, les cortan la cabeza y les sacan la piedra», enseñaba el viejo santo Isidoro<sup>55</sup>. Pero la *dracontites* era una variedad del carbuncló. Según refiere un misionero dominico de principios del s. XIV, fray Jordán Catalán de Séverac<sup>56</sup>, la India Tercera (es decir, Etiopía)

---

sangre, cosa que pos em espanto a todos; e quiserão dizer alguns que denotava aquillo muitas guerras sanguinolentas que ouve e ha de aver pello tempo em diante; e não errou em dizerem esto: porque de doze annos a esta parte temse morto mais de seis mil homens christaos, espanhones, portugueses afora muita gente da terra, e o mesmo vemos nestes presentes cada dia». Después, tras mencionar el volcán de fuego que había en Terrenate, asegura el autor que intentó saber la verdad «dos naturaes e de outras muitas pessoas fidedignas. Disserão me que aquillo não acontecia sempre, senão per tempos, e mormente quando quer suceder algũa nova, que sirve aquillo de pronostico; porque me disserão tambem que quando morrio o governadore de Manilha Dom João de Sylva em Malaca, succedeo arrebentar este vulcão, e segundo disserão fora a primeira vez que appareceo, e ouve tanta cinza que este vulcão deitou, que se cobrio a terra e os homens andavão empoados d'ella. E por ser hum caso tão estranho como digo, notarão ho mens, dia e hora; veyose a saver que no mesmo tempo falecera o dito Dom João da Sylva. E estas notas fazem quando o vulcão arrebenta, de maneira que não succede sem aver causa. E eu o vi no tempo que la estive de 1618 que elle arrebentou, que tambem, notado o tempo, achouse que fora per causa da perda dos galiões de Manilha» (f. 45v).

<sup>54</sup> *Historia general y natural de las Indias*, XV 8 (BAE 118, 85 a).

<sup>55</sup> *Etimologías*, XVI 14, 7. La misma tradición recoge B.L.Argensola, *Rimas* (I, p. 105 Blecua).

<sup>56</sup> *Viaje*, VII 1-2.



cría infinidad de dragones, que tienen en su cabeza unas piedras relucientes que se llaman carbunclos. Estos animales yacen sobre arenas de oro, crecen sobremanera y exhalan de sus fauces un hálito fetidísimo e infecto, a modo del humo espeso a más no poder que desprende el fuego. Se reúnen a un tiempo fijado, se despliegan en formación y comienzan a elevarse por el aire; entonces, por el juicio de Dios, como son muy pesados, caen en un río que sale del Paraíso y en él mueren. Todos los pueblos están pendientes de la época de los dragones, y cuando ven que alguno ha caído esperan 70 días y después bajan; una vez que encuentran la osamenta del dragón, ya monda de carne, toman el carbunco enquistado en el hueso de su cabeza y se lo llevan al emperador de los etíopes que llamáis *Prestre Johan*.

La misma quimera y la misma deducción falsa nubló el juicio de los españoles que iban en la armada de Loaysa, cuando llegaron al puerto de S. Jorge, ya embocado el estrecho de Magallanes. Un clérigo vascongado, fanfarrón, curioso y parlero, Juan de Areizaga, anotó entonces que, estando en este puerto se vieron dos animales en tierra, de noche, los cuales decían que eran carbuncos, cuyas piedras alumbraban como sendas candelas resplandecientes; a los cuales hicieron guarda, e después que pusieron en ello diligencia por los tomar, nunca más los vieron ni parecieron, e antes d'eso los vieron tres o cuatro noches<sup>57</sup>.

Y una leyenda semejante volvió a oír cerca de Morotai un predicador holandés, Francisco Valentyn, a finales del s. XVIII: los habitantes de las islas de Talao (Talaut) le hablaron de una serpiente llamada *Ular Komola* que tenía un carbunco en la cabeza, cuyo brillo refulgía de noche a lo lejos; y uno de ellos llegó a decirle que había visto uno de esos carbunclos en poder de un indígena de Amboino<sup>58</sup>. ¿Se trata de una tradición portuguesa aclimatada ya en el Maluco o de una leyenda independiente? Me inclino por la primera solución: los nativos hubieron de acabar por saber latín para despistar y librarse de los europeos.

Pasemos ahora a analizar otro elemento del relato, éste claramente mítico: la niebla que rodea la isla del Carbunco y la oculta a la mirada curiosa de los mortales. Espesas nubes protegían también la isla de Circe y la de San Brandán. Esta cobertura neblinosa hizo que en el Medievo la isla mágica acabara por ser llamada la Perdida<sup>59</sup>. Recordemos que Gil Vicente, en su *Auto da alma*, hizo decir irónico al diablo, cuando un hidalgo le preguntó que adónde se dirigía la barca del infierno:

Vay pera a ylha perdida  
e ha de partir logo essora<sup>60</sup>.

<sup>57</sup> La relación de Areizaga la extractó G. Fernández de Oviedo (*Historia general y natural de las Indias*, XX 10 [BAE 118, p. 251 a]). Al carbunco «que resplandece en medio de las tinieblas» se refirió Gracián (*Criticón*, V [Clás. Cast., vol. I, p. 65]).

<sup>58</sup> G. Schurhammer, «Die Karfunkelinseln», p. 160.

<sup>59</sup> Cf. J. Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. 2. El Pacífico*, Madrid, 1991, pp. 94-95.

De ese truco se valieron asimismo los mercaderes para dar más valor a su mercancía. Nicolò de Conti<sup>61</sup> habló de oídas de la isla de Banda, «la única en la que se cría el clavo (*gariofali*), que es llevado a la isla de Java... Ambas islas están habitadas por hombres de color negro, y más allá de ellas el mar no es navegable, y los marinos son rechazados por el viento». La superchería mítica emplazaba las islas del clavo en la franja extrema del mundo, allá donde les era imposible llegar a las naves a causa de la negrura del aire: tal como decían los geógrafos árabes<sup>62</sup>, igual ocurría en el Océano, el mar que circundaba la tierra, que por esta causa fue llamado mar Tenebroso. Con el tiempo, se culpó a los portugueses de haber forjado esta impostura en torno a la cuna de la preciada especia: «Los portugueses han propalado que las islas del Maluco se hallan en medio de un mar innavegable a causa de los arrecifes de que está cuajado y de su atmósfera nebulosa y empañada de espesas nieblas»<sup>63</sup>. Otra isla de la antigua India que también se escondió presumiblemente tras la misma cortina de densos celajes fue Socotorá. En efecto, el poder mágico de sus habitantes gozó de gran fama. Decíase que los isleños podían detener los navíos y obligarlos a regresar, puesto que alteraban a voluntad el curso de los vientos. Y aunque Marco Polo, que propagó tal leyenda<sup>64</sup>, no dijera una palabra acerca de las nubes, es de suponer que entre las habilidades nigrománticas de los socotorinos figurase el poder de arrojar sobre el mar una niebla tan espesa que impidiese la visión: la misma hechicería atribuyó el propio Marco Polo<sup>65</sup> a los *carauanas*, los salteadores de caravanas, capaces de entenebrecer el cielo de la comarca que querían someter a pillaje. Una vez que luchaban los mongoles contra Mahmud de Tabar se abatió una densa niebla sobre el campo de batalla, oscuridad que puso en fuga a los mongoles, convencidos del origen mágico de la misma<sup>66</sup>. En fin, idéntica influencia maligna tuvieron los musulmanes de al-Ándalus a juicio de los cristianos: a sus sortilegios achacó la gente de Pero Niño una niebla que les cayó a deshora y que venía como de la ciudad de Málaga: «algunos marineros...

---

<sup>60</sup> Vv. 25-26 (p. 255).

<sup>61</sup> En Poggio, *De uarietate fortunae*, p. 136.

<sup>62</sup> Cf. Abu Hamid, *Al-Murib*, p. 263.

<sup>63</sup> Pigafetta, *Viaje*, p. 133 (doy otra traducción a la vista del original italiano).

<sup>64</sup> III 38.

<sup>65</sup> I 22.

<sup>66</sup> El paralelo fue aducido ya por H. Yule (*Travels of Marco Polo*, I, p. 106), sin precisar la cita: se trata de Yuvaini (J. A. Boyle, *Ata-Malik Juvaini. The History of the World-Conqueror*, Harvard, 1958, I, p. 114).

dixeron que los moros eran hechiçeros de aquellas tales cosas e qu'ellos lo farían a fin, si pudiesen, hazer perder las galeras»<sup>67</sup>.

Por fin, la isla hallada por casualidad y nunca vuelta a encontrar es un tema manido y recurrente en todos los cuentos marineros. Baste aquí con dar otro ejemplo índico: cuenta García de Orta<sup>68</sup> que unos hombres encontraron una vez una isla de ámbar; partieron de ella y, cuando llegaron a casa, prepararon una nave con agua y mantenimientos para descubrirla, pero jamás lograron dar con ella otra vez.

## LA ISLA, ESPEJO DEL PARAÍSO

No es fácil identificar la isla del Carbunclo en el laberinto insular de la Malasia: quizá fuera Tobi, al N.E. de Morotai, mejor que Talao (Talaut), al N.O. En cambio, parece más sencillo reconstruir el rumbo de otra navegación rodeada de misterio. Tomada posesión del Maluco corrió la voz de que había oro en las islas Célebes. La jubilosa nueva hizo que en 1525 se concertaran dos personas tan mal avenidas como D. García Enríquez, capitán del Maluco, y Antonio de Brito, de suerte que esta pareja normalmente discorde despachó allá de consuno al almojarife del Maluco con una fusta para hacer su agosto de oro. Los isleños de las Célebes hicieron mal recibimiento a los portugueses, que, cuando quisieron dar la vuelta, dieron con una tempestad deshecha que los llevó, juguetes de las olas, como unas 300 leguas al E. Para colmo de desgracias, mientras iban a merced del mar, saltó el timón de las hembras, y, siendo como era de noche, la reparación de la pieza desencajada tuvo por fuerza que esperar hasta la mañana siguiente. Mas entonces sucedió la maravilla de las maravillas: los navegantes se percataron de que se encontraban junto a una isla paradisíaca, tan saludable que no había en ella ningún enfermo, de modo que hasta sanaron algunos portugueses que venían dolientes; los indígenas, que por su ingenua naturalidad daban muestras de no conocer europeos, eran bazos y bien proporcionados, enjutos, de hermoso rostro y luenga barba negra, vestidos de unas esteras tejidas, blandas, que se ponían a modo de camisas, mientras que de cintura para abajo se cubrían con unos paños. Según dijeron a los navegantes, que pasaron en su tierra cuatro meses, la parte occidental de la isla tenía oro infinito<sup>69</sup>.

<sup>67</sup> Gutierre Díez de Games, *Victorial*, II 37 (p. 102 Carriazo). Puedo ofrecer un paralelo más antiguo: en el *Poema de Fernán González*, 480, se achaca a los moros el hacer «muy malos gestos con sus espiramientos / de revolver las nubes e revolver los vientos».

<sup>68</sup> *Colóquios dos simples e das drogas da India*, ed. del conde de Ficalho, I, Lisboa, 1981, p. 49.

<sup>69</sup> Barros, *Asia*, III 10, 5 (VI, p. 489ss.); G. Correia, *Lêndas da India*, II, pp. 965-66; Castanheda, *História da Índia*, VI 127 (II, p. 356).

El oro sale a colación oportunamente, ya que, como observó un navegante español coetáneo, señalar una isla como rica en oro «es común dezir de indios y es plática que más usan: o lo hazen por contentar y agradar a los que se lo preguntan o por verse eximidos de ellos»<sup>70</sup>. Pero más que el metal amarillo, por importante que sea, nos interesa ahora la magia insular que todo lo envuelve: la nave llega derrotada, sin que nadie la guíe, milagrosamente, al modo como había llegado a la isla de promisión de los santos San Brandán; una avería posibilita el descubrimiento de la isla (Barros especifica que el desperfecto del timón fue «pera não se perderem escorrendo a esta ilha»), igual que el varar de la Santa María el día de Navidad abrió los ojos a Colón sobre la bondad de la Española: el propio almirante reconoció después que «milagrosamente mandó quedar allí aquella nao Nuestro Señor»<sup>71</sup>; los indígenas parecen vivir en la Edad de Oro, «na simpleza da primeira idade», como dice Barros, la eterna aspiración insatisfecha del europeo, llámese Colón, Bougainville o Gauguin; por fin, los aires templados curan todas las enfermedades: también en la Española no había caído nadie enfermo y uno de los hombres de Colón, que padecía de un cólico nefrítico, se había librado de su achaque «al cabo de dos días»<sup>72</sup>.

Esta isla, a mi juicio, puede identificarse con una de las Palaos, teniendo en cuenta que a ella hubo de referirse Andrés de Urdaneta<sup>73</sup> al escribir que al N.O. del Maluco había un archipiélago de islas muy juntas «que descubrió una fusta de portugueses docientas leguas del Maluco, y están dende tres grados hasta nueve de la parte del Norte». Y es curioso comprobar que la misma consideración que a los portugueses merecieron los isleños al capitán Wilson, quien en 1783 hizo una descripción entusiasta de los nativos como «delicate in their sentiments, friendly in their disposition, and, in short, a people that do honour to the human race»<sup>74</sup>. La camisa que llevaban los palaos ha de ser lo que los españoles, muchos años después, calificaron de capisayo fino<sup>75</sup>.

Con el tiempo las Célebes, entendidas siempre en un sentido más amplio que el actual<sup>76</sup>, fueron otra vez noticia. Un calaluz que llegó en 1535 a

---

<sup>70</sup> *Relación anónima del viaje de Rui López de Villalobos*, edición C. Varela (Milán, 1983), p. 53.

<sup>71</sup> Doc. II (*Diario*, 6 de enero), p. 188.

<sup>72</sup> Doc. II (p. 147).

<sup>73</sup> *Relación* (BAE 77, p. 248 b).

<sup>74</sup> Tomo la cita de Guillemard, *Australasia*, II, p. 552.

<sup>75</sup> Cf. J. Gil, *Mitos y utopías. II. El Pacífico*, p. 340.

<sup>76</sup> Así les ocurrió también a los navegantes españoles: la *Relación anónima del viaje de Rui López de Villalobos* (p. 59) consideró Mindanao como «de nasçión de zélebes»; y como célebes calificó también a los habitantes de Sarangán (p. 70, 72, 85).

Terrenate para mercadear según la costumbre fue atacado por los portugueses del capitán Tristán de Ataíde, pensando que los indígenas venían de islas «donde dicen que hay mucho oro, cera y concha de carey»<sup>77</sup>. El suceso escandalizó grandemente a los naturales, que pronto tuvieron mayor ocasión de alborotarse ante la prisión de su rey Tabarija por parte de Ataíde. Escarmentando en cabeza ajena, el samarón o almirante, regidor entonces de Terrenate, hizo creer al truculento capitán que había oro en las Célebes, Macazares y Mindanao, para librarse en lo posible de la presencia de los portugueses. Y «como el codicioso y el tramposo se conciertan fácilmente», Ataíde cayó en el garlito y, convencido de que, al N.E. de Mindanao, «había una isla muy rica de oro»<sup>78</sup>, en 1536 envió allá un navío al mando de Juan de Caminha Pinto, que lo único que consiguió fue soliviantar en Mindanao los ánimos de los indígenas musulmanes<sup>79</sup>.

Aun otra nave se dirigió a las Célebes (es decir, Palaos también en este caso) desde el Maluco, sin duda en busca de la isla rica en oro. La despachó otro capitán de la Especiería, Antonio Galvão, hombre «curioso de cousas estranhas»<sup>80</sup>, y fue por capitán Francisco de Castro. La nave llegó a una isla, Chedigón<sup>81</sup>, situada a doce grados y dos tercios de latitud N. Después de que Castro y su rey hubieron firmado un pacto de amistad sangrándose en el brazo y bebiendo el uno la sangre del otro, el monarca se convirtió al cristianismo, tomando el nombre de Francisco; su ejemplo fue seguido por un reducido puñado de nobles. A los veinte días de estancia en la isla Castro partió de Chedigón y pasó a Mindanao, donde también logró bautizar a algunos reyezuelos; el mismo celo evangélico y también con halagüeños resultados desplegó con los reyes de Butuán, Pimilara y Camiguy (siempre en Mindanao). Castro, sin embargo, no pudo llegar a Macazar, por serle los vientos contrarios<sup>82</sup>.

<sup>77</sup> G. Correia, *Lêndas da India*, III, p. 633; F. Lopes de Castanheda, *História da India*, VIII 91 (II, p. 718).

<sup>78</sup> Es la noticia que da Urdaneta (*Relación* [BAE 77, p. 248 b]) y que combino con las fuentes portuguesas.

<sup>79</sup> G. Correia, *Lêndas da India*, III, pp. 726-27, dando el apellido correcto: «Caminha»; Barros-Lavanha, *Asia*, IV 6, 25 (VIII, p. 155), con una variante equivocada: «Canha»; F. de Andrada, *Crónica*, III 28 (p. 669). En esta carabela quiso enviar también a Urdaneta y a los españoles presos en Tidore (cf. Urdaneta, *Relación* [BAE 77, p. 244 a]).

<sup>80</sup> Castanheda, *História*, IX 9 (II, p. 908 ss.).

<sup>81</sup> Sería tentador identificarla con la *Candigar* de los españoles, a dos o tres leguas al S. de Mindanao (J. de Santisteban, *Relación*, p. 25 Varela); no casa entonces la precisa latitud dada por Barros.

<sup>82</sup> F. Lopes de Castanheda, *História da India*, VIII 200 (II, pp. 890-91).

## CONCLUSIÓN

Las islas continuaron gozando de mayor prestigio que la tierra firme. Un ejemplo: en Malaca se tuvo noticia del pueblo de los lequios, que habitaban en unas islas cercanas a China (las Ryu-Kyu) y que abundaban en oro y otras ricas mercaderías; pues bien, a Fernán Pires, cuando los vio, le parecieron «gente más dispuesta que los chinos y mejor tratados de su persona»<sup>83</sup>. Pero poco a poco este prestigio se fue desplazando hacia el Pacífico, como hemos visto, esto es, hacia lo desconocido; de esta suerte, en la segunda mitad del s. XVI la isla del Oro se escondió bien al N. del Japón, donde la buscó S. Vizcaíno, bien en la Polinesia, donde intentaron hallarla A. de Mendaña o Pedro Fernández de Quirós<sup>84</sup>. La India aquende y allende el Ganges, ya suficientemente explorada, se había quedado sin misterios y, por ende, sin mitos.

---

<sup>83</sup> Barros, *Asia*, III 2, 8 (V, p. 220). G. Correia (*Lêndas da India*, II, p. 529) indica sólo que Peres se enteró de la existencia de los lequios allende Cantón.

<sup>84</sup> No deja de ser curioso que la leyenda de la isla del Oro prendiese también entre los chinos: un embaidor la quiso buscar en Cavite, prometiéndoles que volverían a su patria con las naves cargadas de oro. Sus embustes y trapacerías dieron lugar a un terrible levantamiento de los sangleyes en 1604, que fue sofocado en sangre por el gobernador D. Pedro de Acuña (D. Aduarte, *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores en Filipinas, Japón y China*, Madrid, 1962, I, p. 428).